SELECCIÓN DE *SOLEDAD IMPURA* (2009)

1

A mi abuelo Desiderio Agüero

lo asesinaron a golpes

en la provincia de Cangallo, Ayacucho, allá por 1925.

Lo emboscaron en la propia recepción

de su cargo como sub-prefecto.

Medio centenar de puños

se ensañaron hasta la muerte contra él.

Los azuzadores fueron capturados

y purgaron veinticinco años de cárcel

por el homicidio. Se apellidaban Rodríguez.

Hacendados de poca monta

y de medio pelo, pero hacendados al fin.

Tú no esperas muerte distinta.

Morir de cara a taimados anfitriones.

Llegar donde a uno lo esperan.

Para morir. Para vivir quizá aún más

de esa manera.

Mi abuelo camina dentro mío

con pasos semejantes a aquéllos.

Y su pequeña hija no derramó lágrimas,

meditó más bien.

Y su viuda, Aurora Prado, veló hasta el crepúsculo

por nietos tan indefensos.

Que él no conoció. Salvo de oídas.

A través de las ondas de la laguna

o del rumor de las hojas de cedrón de su pueblo.

Árbol tutelar de los andes del Perú.

Y que su nieto limeño --el último de la prole--

conoce también, pero sólo de oídas

y por el delicado perfume de la infusión.

2

Contra el secreto

de la interpretación. Lloro.

Hace días. Hace tiempo

que llorar quería.

Tanto tiempo que no entiendo.

Tantas horas que constituyen

ahora mismo mis pasos.

Mi cara de perro asomándose

en cualquier esquina.

Mi hermano Eduardo falleció hace un mes.

Murió como pobre, pero sin deudas.

Murió como pobre, pero sin dudas.

Sus manos no tenían dudas.

Tampoco su voz. Ni su amor.

Mi hermana Elena pagó los gastos

del crematorio. Y Lucy, su viuda,

guarda por nosotros las cenizas.

En todo esto, yo no participé sino

poniéndole los ojos en blanco

a una morena. Chivilla y blanquísima de ojos

mi negra. Igualita a la muerte.

3

A Germán, i.m.

Estás muerto. Muertísimo.

Hecho todo un cadáver.

No lo niegues.

Muertos tus recuerdos.

Muerto el amor

desde hace mucho tiempo.

Mano que se abre

y exhibe las entrañas.

Mano que se cierra

y escribe.

Has dosificado las palabras.

Pero tu corazón gira

sobre la estepa. Va dando tumbos.

Pero ahora es sólo la muerte.

Te llamo porque me muero.

Te digo adiós para siempre.

Juntos y disciplinados

todos. Calzados incómodamente

para esta nueva civilización.

Te llamo desde una ventana.

El Perú ha sido una trampa.

Trampa para los afectos,

para dejar la lengua

a la intemperie.

No amo al Perú.

El Perú no existe.

Tus manos tan sólo

a estas horas.

Y un muro de barro

con el tatuaje de un arcoiris.

En ese muro yo quisiera

penetrar. A ese altorrelieve

fundirme.

Qué fácil sale la poesía

de la muerte.

Te he llamado

pero aún no te lo he dicho.

Y no hay derecho alguno.

Y no hay pie sin bola.

Y nos la hemos pasado detrás.

Tristes ya y mareados

y exhaustos. Sin despachar el palo

ni pegar el balonazo.

Te he llamado para perderte.

Te he llamado

desde esta máscara de muerte.

Colmillos, mandíbula,

grandes cavidades oculares

de muerte.

Te he llamado

para ser un muerto.

Para desde los pies a la cabeza

ser un muerto.

Para que me des, querido mío, esta dádiva

y este consuelo.

13

V

A Yolanda

Tengo 50 años y estoy vivo.

Devoro café y galletas

con apetito.

Y hace algunas pocas horas nomás

con apetito

también te devoraba.

Que eres negra

hasta el café

rezumante y azucarada.

Tengo 50 años

y sin trabajo permanente

ni tarjetas de crédito

o algo parecido.

Que deberías ser muy cara.

Pero la poesía a veces

da sombra a los nómadas.

A mí

y al que dentro va conmigo

15

Cuando la putica se quitó el sostén

no sabía lo que liberaba.

Acaso el olor del mar mismo

desde la rada.

Hubimos de proceder

con suavidad cauta

y acordada.

Pero muy antigua.

Pero muy humana.

Entre el torrente y la ola jorobada

de todo el bien perdido.

Entre el viento que sopla

desde su íntimo huracán.

Y nos arranca de la faz de la tierra.

21

Una honda bocanada de aire.

Espejos, pequeños y borrosos,

circundándonos y reflejándonos.

La muerte está cerca. Pero tú

incluso más próxima.

Alzo la mano. Acaricio tus cabellos

y tus senos.

Amoratado por la emoción.

Estallo. Desaparezco.

Poca cosa es la vida ante emoción tan cierta.

Tu cuerpo desnudo ha salido por mi ombligo

y desde mi vientre. Es así como te reconozco.

Tus piernas y tus caderas antes ya las había besado.

Como cada uno de tus brazos abiertos

y de tus labios por ahora cerrados.

Mi muerte en tus palabras.

24

[En la noche]

Para R.B.

En la noche

con mi cerebro de batracio

salgo a buscarte

y no te encuentro

a devorarte

y no te hallo

Quizá te habrás ido

quizá aún no hayas vuelto

y solo

con mil fantasías

y con lo que

podríamos decir

mis ojos y mandíbulas

de cartón piedra

--verde y rezumante--

pero que esconden un humano dentro

Un mamífero

recién destetado

un hocico tierno

que insiste en tratarte

como si fueras una fiera

Por eso mis pezuñas

dentro del lodo

y mi sexo y mi cola

que arrastro

y mi aliento

que no es de cartón piedra

Perdido y como evaporado

en esta noche

en esta mañana de Lima

cubierta por la noche

y donde mi cerebro

de ave

me hace desear otro mundo

ni mejor ni peor que éste

quizá

pero completamente cubierto

eso sí

por tu compañía

29

No escribo a menudo.

Mi cabeza, mi pelo al rape,

lo hace por mí.

Canas y trinches minúsculos al viento.

Así escribe. Así no escribo

ni deletreo.

Una cabeza parda a través de la noche.

No basta el amor de Dios

ni de nuestra madre.

Ni el de todos los hombres

y el de todas las mujeres. Juntos.

Frente a las aristas cortantes

y los acantilados y los abismos

del mar justo sobre nuestra cabeza. No basta

que por un agujero entre sigilosa nuestra fe.

Ni que un relámpago, fulminante,

sean de pronto nuestras más íntimas convicciones.

Una cabeza viaja por el espacio sideral.

Tapón de la vía láctea.

Y en dirección contraria al universo.